y para servirnos de la expresion de Renée, mas *embriagadora*.

Profundamente conmovido, transido de amor su corazon y todo su sér; se arrodilló ante ella, cogió sus primorosas manos, cuajadas de deslumbradores brillantes, y quiso aproximarlas á sus labios.

Lazarine las retiró bruscamente, diciendo con aire de mal comprida cólera:

—¿Qué es lo que haceis?

—¿No me es permitido besar vuestras manos?—balbuceó el jóven.—Todos los dias, en sociedad, un extraño, un indiferente, besa la mano de una mujer.... Esto no es mas que una simple galantería ó una prueba de educacion.... y me figuro que no soy para vos extraño ni indiferente; al menos así lo creo.

La señora de la Tour du Roy comprendió que para adelantar algo en lo que se proponia era preciso no mortificar al ex-húsar.

—Teneis mil razones, amigo mio—repuso,—y he hecho mal, lo conozco; pero sed indulgente conmigo, es preciso serlo y lo sereis. No he venido aquí á buscar pruebas de ternura, sino consuelo; sufro mucho, os lo aseguro. Estoy triste y soy muy desgraciada.....

—¡Dios mio! ¿Qué teneis?—dijo Marcelo.

—La condesa de Gordes se muere, y yo no estaria aqui si no me hubiese faltado valor para presenciar su agonia. Ya lo veis, Marcelo; tengo el alma transida de dolor.... Es menester que seais para mí un amigo, pero nada mas que un verdadero amigo. ¿Quereis serlo, no es así?

El desengaño era rudo, pero la exigencia de Lazarine se fundaba en un motivo tan respetatable, que el no acceder á sus ruegos hubiera sido hasta cruel.

Marcelo, por lo tanto, respondió dócilmente, aunque sin tener conviccion de lo que hacia.

—Quiero todo lo que vos querais.

—Pues entonces—continuó la marquesa con una sonrisa melancólica,—aprovecharemos vuestra prudente resignacion pare hablar formalmente.

XXVI

—Aprovecharemos vuestra prudente resignacion para hablar formalmente—habia dicho la marquesa de la Tour du Roy.

Estas palabras pronunciadas por Lazarine,

produjeron en Marcelo una vaga inquietud. Aunque enamorodo perdidamente, no se hizo ilusiones respecto de ella.

Sabia que era frívola y harto ligera, ávida de lujo en todos conceptos, amiga de los placeres en todas sus manifestaciones, sin tener por el contrario ni un átomo de formalidad.

En su consecuencia, las palabras que acababa de emplear, y que hubiera podido encontrar muy naturales en boca de cualquier otra mujer, le parecieron de muy mal augurio, comprendiendo que la marquesa iba á plantear alguna cuestion desagradable para él.

Deseoso, por lo tanto, saber al momento si no lo engañaban sus presentimientos, limitóse á sonreir y preguntó:

—¿Entonces vamos á hablar formalmente?

—¡Sin duda alguna!.... Cualquiera diria que esto os causa extrañeza.....

—¿Por qué habia de extrañarme, conociendo que la conversacion estará conforme á la disposicion de ánimo en que os hallais?

—¿Acaso puedo evitar estar muy afectada cuando mi hermana se muere?

—Vuestra tristeza no puede ser mas justa, y desgraciadamente no tengo medios de poder consolaros, adorada mia; ¿qué teneis que decirme?

Lazarine tenia preparado su papel, y le habia estudiado por el camino con la perfeccion posible, razon por la que empezó á decir sin vacilar y con vos que parecia comovida:

—Si hay en el mundo algo de que os sea imposible dudar, es seguramente mi ternura para vos. Sobradas pruebas os he dado de ello.

—Y estas pruebas me han hecho el mas feliz de los hombres—dijo el ex-teniente,—siendo poco mi vida entera para pagaros con reconocimiento la felicidad infinita que os debo.

—Yo he compartido de esta felicidad—repitió la marquesa de la Tour du Roy,—era muy grande, pero era culpable; y como no debió nunca empezar, no debe tampoco continuar sin tener un término.....

—¿Todo esto quiere decir que ya no me amais?—repuso vivamente Marcelo, estupefacto de oír semejantes aforismos de moralidad frívola, tan opuesto al lenguaje habitual de Lazarine.

—Nó, amigo mio—replicó ésta,—y os equivocais mucho interpretando así mis palabras. No soy ni olvidadiza, ni caprichosa, pero llego á la edad en que es menester dar oídos á la razon.....

—¡Si apenas teneis veinte años!..—interrumpió el jóven.

—¿Qué importa esto, si la esperiencia de las

cosas del mundo reemplaza para mí el número de los años? La suerte de mi desgraciada hermana acaba de abrirme los ojos. La vida es un tesoro frágil, cuya duracion es incierta.... Aquel que tal vez cuenta con un gran porvenir, suele tener un pié en el sepulcro.... ¡El deber no es una palabra vana!.... ¡Desgraciado de aquel que infringe las leyes de la humana moral y no se arrepiente! Yo bien sabia estas cosas, pero apenas si las comprendia, ni me fijaba aún en ellas.....

—¿Y por qué lo haceis hoy?—preguntó Marcelo con amargura.

—Dios me ha iluminado á la cabecera de la condesa de Gordes. Al verla morir como una santa despues de haber vivido como un ángel, he reflexionado..—dijo Lazarine.

—Luego lo que deseais es una ruptura entre nosotros—dijo el jóven estremeciéndose,—si no he comprendido mal.

—¡Yo no lo deseo, Dios mio!—prosiguió la marquesa.—Solo que mi conciencia no me permite el hacer eterno un vínculo criminal, y obedezco á mi conciencia con dolorosa resignacion.

—¿Vínculo criminal decís?—replicó Marcelo.

—Seguramente.

—¿Criminal en qué sentido?

—¿Me lo preguntais?

—Como que no lo sé.

—Demasiado sabeis que no podemos amarnos y ser el uno del otro.

—Por el contrario, lo que sé es que sois completamente libre y que yo lo soy tambien.... ¿Donde está, pues, el inconveniente? ¿Donde la falta?

Lazarine habia ido por mal camino.

Comprendiólo así, y se mordió los labios; pero ya era tarde.

Despues de un momento de silencio, Marcelo repuso:

—No creais, sin embargo, que trato de combatir vuestros nuevos propósitos.... Los apruebo.... y soy de vuestro mismo parecer. ¡Un vínculo clandestino es indigno de vos! Comprometeis vuestro honor y vuestra dignidad; hasta ahora perdeis vuestro propio decoro y os exponeis á perder la estimacion de los demas! Una mujer honrada no debe tener amante, y vos sois una mujer honrada.....

Lazarine levantó los ojos con estupor sobre aquel que pronunciaba semejantes palabras.

Esperaba haber visto retratada la burla en el semblante de Marcelo, y antes, por el contrario, veia que sus palabras eran en todo sinceras.

—Permitidme—prosiguió éste—que vuelva á insistir en una cuestion ya tratada por nosotros, y que aun esta misma mañana la habeis

eludido; cuestion que ha sido orígen de desavenencia, pero que en lo sucesivo no lo será, Dios mediante, porque no podeis honrosamente tomar mas partido que el que voy á proponeros... ¡Dejad de ser mi querida, adorada Lazarine!... ¡Sed mi mujer ante Dios y los hombres!

—¡Nunca!—murmuró la marquesa, á quien ya sabemos cuanto contrariaba la proposicion de Marcelo, y que no tuvo ya fuerza bastante para reprimirse.

En lugar de encolerizarse, el jóven sonrió:

—¡Jamás!—replicó,—ya habeis pronunciado esa palabra en otra ocasion.... Ya me la habeis arrojado al rostro con marcada muestra de cólera y de desprecio, y yo cometí la falta de responderos amenasándoos con la violencia... Pero tenemos faltas recíprocas si no olvidadas, perdonadas por lo menos desde hace mucho tiempo.....

—¡Ah!—pensó Lazarine,—ni olvidadas.... ni perdonadas.

—Hoy estamos sosegados el uno y el otro —continuó Marcelo,—y me conviene probaros que yo era culpable, aunque solo en la forma.... Os respondí en aquella ocasion que no podríais ser mas que mia, y que por virtud de los derechos adquiridos me impondria ya como amante, ya como marido. Esto fué muy inconveniente, convengo en ello, pero no dejaba de

ser cierto, y mi opinion no ha variado ni variará tampoco en este punto.

La señora de la Tour du Roy temblaba.

¡Ah! ¡De qué buena gana hubiera matado á este hombre, que tales cosas le decia, sin perder nada de su inalterable sangre fria!

—¡Querida Lazarine—repuso el ex-teniente con una nueva sonrisa,—convenceos de que antes de seis meses nos habremos casado, por la sencilla razon de que no puede uno sustraerse á su destino, siendo el vuestro el de ser mi mujer.... Ya sé que os cuesta mucho trabajo perder el título y el nombre de marquesa de la Tour du Roy para llamaros lisa y llanamente la señora de Marcelo Laugier, degenerando así de la nobleza en una señora de la clase media, por mas que esto, gracias á Dios, no sea mas que pura vanidad, y estas penas se pasan pronto. En cambio de este sacrificio, yo os prometo haceros tan feliz como no lo ha sido nunca mujer en el mundo.... Os adoro, estad segura de ello, pero tampoco os molestará mi culto.... Teneis hábitos de libertad, y no os privaré de ella, teniendo la persuasion de que no abusareis de una confianza tan honrosa para el marido como para la mujer.... Sois muy rica, pero yo tambien lo soy, y no solo dispondreis como os plazca de vuestra fortuna entera, sino que hasta disfrutareis de la mia por com-

pleto y sin tasa.... A mí me basta con muy poco, creedlo.... No tengo necesidades.... ¿Qué necesito?.... Un caballo de montar y algunos cajones de cigarros.... Esto no cuesta mucho.... Vuestro lujo será mi alegria.... y vuestros adornos mi lujo.... Vuestra divina hermosura necesita un marco digno de ella, y por lo tanto, cuanto mas espléndido sea, mas orgulloso estaré de veros.... Lazarine, querida Lazarine, ¿acaso puede asustaros semejante porvenir?

—Confieso que seduciria á cualquiera otra mujer que no fuera yo—dijo la marquesa,—pero he resuelto permanecer viuda.

—¿Viuda á vuestra edad?—exclamó Marcelo con renaciente amargura.—¡Vaya! ¡vaya! Bien sabeis que esto no puede ser, y solo lo decís por ganar tiempo.... No queriéndome ya, tratais de escaparos.... pero creedme, es inútil.... No prescindo de vos.... no prescindiré nunca. Mi hora final tendrá que sonar. Esperaré á que llegue. ¡Ah! si no existieran entre nosotros mas que los recuerdos de un amor que aún vive en mí, y que en vos ha muerto, renunciaria quizá á esta persecucion que os irrita de dia en dia, y que concluirá por trocar vuestra indiferencia en ódio, no lo desconozco; pero no soy dueño de abandonar el puesto ni de perder mis derechos; el vínculo que nos une

es mucho mas fuerte y mas indivisible.... Es nuestro hijo.....

Lazarine levantó la cabeza.

—¡Mi hijo—exclamó—es hijo del marqués Roberto de la Tour du Roy!

—Legalmente ya lo sé—respondió Marcelo,—y no temais; mas bien por él que por el mundo, tendré cuidado de no revelar nunca este secreto, pero tengo el derecho de amar á mi hijo y tendré el de decirle que le amo, el de velar por él y el de protegerle, educarle y hacer de él un hombre el dia que sea el marido de su madre. He aquí por lo que permaneceré siempre firme en mi propósito. Que querais ó nó, estudiadlo bien, Lazarine, sereis mi mujer para que mi hijo tenga padre ¿lo entendeis?.....

La señora de la Tour du Roy miró frente á frente á Marcelo.

—Lo comprendo—respondió.

—¿Y consentís en ello?—preguntó vivamente el jóven.

—¿Para qué—replicó la marquesa con voz lenta y apagada—puesto que os impondreis á pesar de todo, y puesto que aun á pesar mio, segun habeis dicho, dispondreis de mí? Siendo así, mi consentimiento es inútil.

—¡Sería tan feliz si lo obtuviera!.... ¿Por qué os mostrais irritada?... ¿Qué os he hecho?

¿Qué es lo que os he hecho?.... ¿os ofendo?.... es por exceso de amor. Porque nuestro hijo sois vos.... siempre vos.... Lazarine, querida Lazarine, decidme que consentís en ello.

—Responderé mas tarde.

—¿Por qué diferirlo mas?

—Tengo necesidad de reflexionar.

—¿Serán muy largas vuestras reflexiones?

—No puedo saberlo.

—¿Como sabré vuestra respuesta?

—Yo mismo os la traeré.

—¿Pronto?

—Sí, quizá muy pronto.

—¡Mañana!

—Nó, mañana dormiré en el castillo de Gordes..... por consiguiente no me espereis y adios.

—¡Qué! ¿Ya os vais cuando apenas acabais de llegar?.....

Lazarine, sin responder, abandonó su silla, envolviéndose en su mantilla de encaje, y dió algunos pasos.

—¿Me permitireis que os acompañe?—preguntó Marcelo.

—Al contrario, os lo prohibo.

—¡Si supierais cuanto sufro pensando que vais sola de noche y por ese bosque!

—Haceis mal, porque no tengo nada que temer.

La jóven bajó, tendió friamente su mano á Marcelo, que la alumbraba, abrió la puerta del jardin y se perdió entre las tinieblas.....

XXVII

Lazarine salió del jardin de la casa Bréchu, y emprendió con acelerado paso el camino del castillo.

En presencia del ex-oficial, habíase contenido cuanto le fué posible; pero el mal resultado de sus gestiones causábale una especie de aturdimiento.

Su última esperanza de reconquistar la libertad habíase desvanecido, y la cadena que tan pesada le parecia se remachaba mas.

Su cabeza ardia; sus pensamientos confusos se revolvian en su cerebro como los desvarios de un calenturiento.

En menos de cinco minutos llegó al sitio en el que el sendero mal cuidado se internaba en el monte; recorrió aún diez ó doce métros y se